

mientos que trastornaron la monarquía. Sin embargo le prendieron despues del 10 de agosto y le encerraron en la Abadia , donde se encontraba en la época de las matanzas de setiembre. Pero se salvó sin saber como de aquella terrible carniceria y despues olvidado ó despreciado por Robespierre murió en su cama en 1795 de resultas de la pena que le causó la muerte de su hijo á quien habian matado en Tullerías el 10 de agosto de 92.

PAGINA 48.

6 El conde de Herville , coronel del regimienio de Rohan y despues mariscal de campo, fué nombrado en 1791 comandante de la guardia constitucional de infantería de Luis XVI. Permaneció al lado del rey á pesar de haberse disuelto este cuerpo , y en 10 de agosto 1792 procuró defenderle, poniéndose al frente de dos compañías de nobles que reunió con precipitacion en el palacio; pero viendo la inutilidad de sus esfuerzos le sirvió de escolta hasta la asamblea legislativa. Este acto de adesion le salvó la vida escapando asi á la matanza que hicieron los sitiadores en los defensores de Palacio. Poco despues se escapó á Inglaterra y formó en 1794 un regimienio compuesto de Tolosanos fugitivos. Hizo este cuerpo en junio de 1795 parte de la espedicion de Quiberou , y en la segunda accion que hubo despues del desembarque fué gravemente herido ; conducido á Portsmouth , murió poco despues de resultas de estas heridas.

CAPITULO SEGUNDO.

Consecuencias y fin de la jornada del 10 de agosto. — Vuelve á ser llamado el ministerio girondino; y se nombra á Danton ministro de la justicia. Estado de la familia real. — Situacion de los partidos en la asamblea y fuera de ella despues del 10 de agosto. — Organizacion é influjo del ayuntamiento; facultades inmensas que se abroga; su oposicion con la asamblea. Ereccion de un tribunal criminal extraordinario. Estado de los ejércitos despues del 10 de agosto. — Resistencia de Lafayette al nuevo gobierno. — Se espide contra él un decreto de acusacion, ahandona su ejército y la Francia; pónenle preso los Austriacos. — Situacion de Dumouriez. — Disposiciones de las potencias, y situacion reciproca de los ejércitos coligados y de los franceses. Toma de Lougwy por los Prusianos; agitacion de Paris con esta noticia. — Medidas revolucionarias que toma el ayuntamiento; arresto de los sospechosos. Matanzas en las cárceles los dias 2, 3, 4, 5 y 6 de setiembre. — Principales escenas y circunstancias de aquellas sangrientas jornadas.

Con extraordinario valor habian defendido los Suizos las Tullerías, por mas que fuese inútil su resistencia, pues habia sido forzada la escalera

principal é invadido todo el palacio. Declarado ya vencedor el pueblo, penetraba de todas partes en la morada de sus reyes, donde siempre había supuesto que existían tesoros extraordinarios, una felicidad sin límites, un poder formidable y muchas siniestras intrigas. ¡Qué de motivos á un tiempo para vengarse de las riquezas, de la grandeza y del poder!

Ochenta granaderos Suizos que no tuvieron tiempo de retirarse, defienden vígorosamente su vida y son degollados sin piedad. Precipítase la multitud en las habitaciones y se encarniza en aquellos amigos inútiles que habían acudido á defender al rey y les persigue bajo el nombre de *caballeros del puñal* con todo el odio popular. Sus impotentes armas no sirven mas que para irritar á los vencedores y hacer mas verosimiles los proyectos que se imputaban á la corte. Cuantas puertas estaban cerradas fueron desquiciadas inmediatamente, y dos infelices porteros que quisieron impedir la entrada de la sala del consejo son asesinados en un instante. La multitud de criados de la familia real huye tumultuosamente por las galerias, se precipita por las ventanas, y busca por aquel inmenso palacio algun obscuro escondite que proteja su vida. Las damas de la reina se refugiaron á una de las habitaciones, y allí esperaban trémulas el instante en que era atacado su asilo. La

princesa de Tarento mandó abrir las puertas para no aumentar la irritación con la resistencia, y presentándose los sitiadores cogen á una de ellas, y cuando ya su espada estaba levantada sobre su cabeza, se oye una voz que decía *perdon para las mugeres; no deshonreis á la nacion*. Al oír esta palabra se suspende el golpe y las damas de la reina no sólo no sufren daño alguno, sino que son protegidas y conducidas fuera del palacio por aquellos mismos hombres que iban á sacrificarlas, y que por un efecto de la movilidad popular, las van ahora escoltando y emplean en favor suyo las mas esquisitas atenciones. Despues que concluyeron de asesinar empezó el saqueo, rompiendo aquellos magníficos muebles y arrojando los pedazos por las ventanas. Derrámase el populacho por las habitaciones secretas de la reina, y allí se entrega á los mas obscenos regocijos, penetra en los mas recónditos gabinetes, busca todos los depósitos de papeles, hace pedazos todas las cerraduras y satisface el doble placer de la curiosidad y de la destruccion. A los horrores del asesinato y del saqueo suceden los del incendio y ya las llamas que habían devorado los cobertizos de los patios exteriores principian á estenderse por el edificio y amenazan de una ruina completa aquella imponente morada de los soberanos. No se limita la desolacion á aquel recinto sino que tambien se estiende

á lo léjos, estando las calles atestadas de despojos y cadáveres. Todo el que huye ó tiene apariencia de huir es tratado como enemigo y perseguido á tiros, oyéndose un estrépito casi continuo de escopetazos que á cada instante señalan nuevas matanzas; Que de horrores se siguen generalmente á una victoria, cualesquiera que sean los vencidos ó los vencedores ó la causa porque se haya combatido!

Con motivo de la suspension de Luis XVI estaba disuelto el poder ejecutivo y no quedaban en Paris mas que dos autoridades, la del ayuntamiento y la de la asamblea. Ya digimos al referir las primeras escenas del mes de agosto, que los diputados de las secciones reunidas en la casa consistorial, se habian apoderado de la autoridad municipal, espeliendo los antiguos magistrados, y habian dirigido la insurreccion durante toda la noche del 9 y la mañana del 10. Ellos eran los que poseian la verdadera fuerza de hecho y tenian toda la violencia de la victoria, representando aquella clase revolucionaria, nueva y ardorosa que acababa de luchar durante toda la sesion contra la inercia de aquella otra clase de hombres mas ilustrados pero menos activos de que se componia la asamblea legislativa. La primera atencion de los diputados de las secciones fué destituir á todas las autoridades superiores, que como mas inme-

diatas al poder supremo le miraban con mas aficion. Habian suspendido al estado mayor de la guardia nacional, y desorganizado la defensa de las Tullerías sacando á Mandat del palacio, y confiriendo á Santerre el mando de la guardia nacional. Con no menor precipitacion habian suspendido la administracion del departamento, que desde la alta region en que estaba colocada, contrarió siempre las pasiones populares en que ella no tenia parte. Por lo que hace á la municipalidad, habian suprimido el consejo general y apropiándose su autoridad, sin conservar mas que al corregidor Petion, al procurador síndico Manuel y á los y diez seis administradores municipales. Todo esto se habia hecho durante el ataque del palacio, dirigiendo Danton aquella tempestuosa sesion, y cuando la metralla de los Suizos hizo retroceder á la multitud hácia los muelles y aun hasta la casa de la ciudad, salió de ella diciendo: «nuestros hermanos piden socorro, vamos á dárselo.» En efecto su presencia contribuyó á que el pueblo volviera al campo de batalla y á que se decidiese la victoria. Luego que se terminó el combate, se trató de ir á libertar á Petion de su guardia, y reinstalarle en sus funciones de corregidor. Pero sin embargo, fuese verdadero interes hácia su persona, ó temor de admitir un gefe demasiado escrupuloso para los primeros momentos de la insurreccion, se deci-

dió que quedase custodiado todavía uno ó dos dias bajo pretesto de poner á cubierto su vida. Al mismo tiempo habian despejado la sala del consejo general de los bustos de Luis XVI, Bailly y Lafayette, obscureciendo de este modo las primeras ilustraciones de la revolucion para sustituir las nuevas que se elevaban aquel dia.

Los insurgentes del ayuntamiento querian ponerse en relacion con la asamblea, pues aunque no dejaban de echarla en cara sus vacilaciones y una especie de realismo, con todo miraban siempre en ella la única autoridad soberana actualmente existente y no estaban dispuestos á desconocerla. En la misma mañana del 10 vino una diputacion á la barra para anunciar la formacion del ayuntamiento insurreccional y dar cuenta de lo que se habia egecutado. Danton que hacía parte de la diputacion tomó la palabra en nombre de todos y dijo: « el pueblo que nos envia hacia vosotros nos ha encargado deciros que os cree siempre dignos de su confianza, pero que no reconoce otro juez de las medidas extraordinarias que la necesidad le ha precisado á tomar sino al mismo pueblo frances nuestro soberano y el vuestro reunido en asambleas primarias.»

Respondió la asamblea á los diputados por medio de su presidente, diciendo que aprobaba todo lo que se habia hecho y les recomendaba el

orden y la paz. Además les dió conocimiento de los decretos espeditos en aquel dia encargándoles que los divulgasen; y despues redactó una proclama, recordando el respeto debido á las personas y propiedades, y encargó á algunos de sus miembros que fuesen á llevársela al pueblo.

Lo primero que se necesitaba en aquel momento era suplir la falta del poder real destruido, y así reunidos los ministros con el nombre de *consejo egecutivo*, quedaron encargados provisionalmente del cuidado de la administracion y de la egecucion de las leyes. El ministro de la justicia, como depositario del sello del estado, debia estamparle en todos los decretos y promulgarlos en nombre del poder legislativo. Luego se necesitaba elegir las personas que habian de componer el ministerio, y desde luego se pensó en reinstalar á Roland, Claviere y Servan, que habian sido destituidos por su adhesion á la causa popular, porque era indispensable que la nueva revolucion quisiese todo lo contrario de lo que habia querido el poder monárquico. Fueron reintegrados unánimemente el primero para el interior, Servan para la guerra y Claviere para hacienda. Todavía habia que nombrar un ministro de justicia, otro de negocios estrangeros y otro de marina. Mas en estos la eleccion era libre y no habia reparo alguno en realizar los deseos formados en

otro tiempo en favor del mérito obscuro ó del patriotismo ardiente y por tanto desagradable á la corte. Se creyó necesario echar mano de Danton, que tanto influjo tenia con la multitud y tanto le habia egercido durante las últimas 48 horas, y así á pesar de que no era del gusto de los Girondinos por ser una criatura del populo, fué nombrado ministro de la justicia por 222 votos de 284 votantes. Despues de haber dado aquella satisfaccion al pueblo y concedido aquel empleo á la simple energía, se pensó en colocar un sabio al frente de la marina. Este fué el matemático Monge ¹, conocido y apreciado de Condorcet y adoptado á proposicion suya. Ultimamente confiaron á Lebrun ² los negocios estrangeros, recompensando en su persona uno de aquellos hombres laboriosos, que desempeñaban antes todo el trabajo con que se honraban los ministros.

Despues de haber organizado el poder egecutivo declaró la asamblea que todos los decretos á que habia opuesto su *veto* Luis XVI tuviesen fuerza de ley, con lo cual quedó mandada la formacion de un campamento junto á Paris, que habia servido de objeto y causa á tan acaloradas discusiones. Desde aquel mismo dia se autorizó á los artilleros para principiari las esplanadas en las alturas de Montmartre. Despues de concluida la revolucion de Paris era necesario asegurar el mis-

mo éxito en los departamentos, y sobre todo en los ejércitos donde mandaban generales sospechosos. Se dió orden á varios comisionados individuos de la asamblea para que inmediatamente marchasen á las provincias y á los ejércitos, y los ilustrasen acerca de los sucesos del 10 de agosto, autorizándolos para que en caso necesario pudiesen renovar todos los gefes civiles y militares.

Pocas horas habian bastado para todos aquellos decretos, y mientras que la asamblea se ocupaba en espedirlos, venian otras mil atenciones á interrumpirla. Habianse conducido á su recinto los efectos preciosos tomados en las Tullerias y se hallaban presentes en la barra, como en un lugar de asilo, los Suizos, los criados de palacio, todas las personas á quienes se habia arrestado huyendo, y por último cuantos habian podido salvarse del furor popular. Una multitud de solicitantes venian unos tras otros á dar cuenta de lo que habian hecho ó visto, y á referir sus descubrimientos acerca de las tramas que se suponian á la corte. No cesaban de proferirse acusaciones é invectivas de todo género contra la familia real, que lo estaba oyendo todo desde el estrecho recinto donde la habian colocado, que era la tribuna del taquígrafo. Escuchaba Luis XVI con serenidad todos los discursos y hablaba de cuando en cuando con Vergniaud y otros diputados que estaban cerca de

él. Encerrado allí despues de quince horas habia pedido algunos alimentos que repartió con su muger y sus hijos, y que provocaron indecentes observaciones sobre la aficion que se le imputaba á la buena mesa. ¡Bien sabido es lo poco que respetan la desgracia los partidos victoriosos! El jóven Delfin estaba echado en el pecho de su madre y dormia profundamente ahogándose de calor, y á su lado estaban la princesita y Madama Isabel con los ojos encendidos de llorar. En el fondo de la tribuna se hallaban algunos señores leales que no habian abandonado la desgracia, y servian de guardia en aquel recinto cincuenta hombres que se habian tomado de la tropa que escoltó á la familia real desde el palacio á la asamblea. Desde allí estaba el monarca depuesto contemplando los despojos de su palacio y asistiendo á la demolicion de su antiguo poder, cuyos restos veía distribuir entre las diversas autoridades populares.

Continuaba el tumulto con extraordinaria violencia y ya no le parecia bastante al pueblo haber suspendido el poder real sino que queria se destruyese, á cuyo efecto se sucedian las peticiones y con la esperanza de una respuesta se agitaba la multitud fuera de la sala, inundando las avenidas, sitiando las puertas y empujándolas con tanta violencia, que por dos ó tres veces se creyó que las iba á echar abajo y que corria grave riesgo

la desgraciada familia, cuyo depósito habia recibido la asamblea. Habiendo enviado á Enrique Laviere³ con otros comisionados para calmar al pueblo, volvió á entrar inmediatamente y dijo con energía: «Si Señores, lo sé, lo he visto y lo aseguro que la masa del pueblo está decidida á pe-
«recer mil veces antes que deshorrar la libertad
«con ninguna accion inhumana; y á buen seguro
«que no hay aqui ninguna cabeza (y entiéndame
«quien me entienda) que no pueda contar con la
«lealtad francesa.» Estas palabras que inspiraban tanta confianza fueron uníversalmente aplaudidas, y tomando á su vez la palabra Vergniaud, respondió á los que venian á solicitar que se convirtiese en deposicion la suspension, lo siguiente: «Me alegro infinito de que se me proporcione la
«ocasion de explicar las intenciones de la asam-
«blea en presencia de los ciudadanos. Ha decreta-
«do la suspension del poder ejecutivo, y nombra-
«do una convencion, la cual decidirá irrevocable-
«mente la gran cuestion del destronamiento. En
«esto no ha hecho mas que conformarse con sus
«poderes, que no la permiten hacerse á sí misma
«juez en la causa del trono, y asi se ha limitado
«á proveer á la salud del estado poniendo al po-
«der ejecutivo en imposibilidad de perjudicarlo.
«De este modo ha satisfecho á todas las necesida-
«des sin salir del límite de sus atribuciones.» Es-

tas palabras produjeron una impresion favorable, y los mismos esponentes digeron que quedaban satisfechos y se encargaban de ilustrar y apaciguar al pueblo.

Era necesario poner término á una sesion tan larga, y asi se mandó que los efectos sacados del palacio se depositaran en el ayuntamiento; que los Suizos y demas personas arrestadas se custodiasen en los Fuldenses, ó fuesen trasladados á varias casas de detencion, y últimamente que se guardase á la familia real en el Luxemburgo hasta la reunion de la convencion nacional; pero que mientras se hacian los preparativos necesarios para recibirla, continuase alojada en la casa misma de la asamblea. A eso de la una de la noche del sábado once fué trasladada la familia real al alojamiento que la destinaron, y consistia en cuatro celdas de los antiguos monges. Los señores que no se habian separado del rey se acomodaron en la primera, el rey en la segunda, y la reina, su hermana y sus hijos en las otras dos. La muger del conserje sirvió á las princesas, y reemplazó á la numerosa comitiva de damas que la víspera se disputaban todavía el honor de su servicio.

Hasta las tres de la mañana no se suspendió la discusion, y todavía reinaba bastante alboroto en Paris, pero se habian iluminado las inmediaciones del palacio para evitar los desórdenes, y la mayor

parte de los ciudadanos estaban sobre las armas.

A esto se redujo aquella célebre jornada y sus resultados inmediatos. El rey y su familia estaban presos en los Fuldenses; los tres ministros desgraciados habian vuelto á entrar en sus funciones; Danton, que la víspera estaba escondido en un club obscuro, se hallaba de ministro de la justicia; Petion se hallaba confinado en su casa y con guardias de vista, pero su nombre que se proclamaba con entusiasmo llevaba el aditamento de *Padre del pueblo*. Marat salió del obscuro escondite donde le habia tenido oculto Danton durante el ataque, y ahora andaba por Paris, armado con su sable al frente de un batallon de Marsellese. Últimamente Robespierre, á quien no hemos visto figurar durante aquellas terribles escenas, estaba arengando á los jacobinos y hablando con algunos socios que se habian quedado con él sobre el uso que habria de hacerse de la victoria, sobre la necesidad de reemplazar á la asamblea actual y poner en acusacion á Lafayette.

Al dia siguiente fué necesario pensar otra vez en sosegar al pueblo, que estaba sublevado y no cesaba de asesinar á los que tenia por aristócratas fugitivos. Volvió á abrirse la sesion del dia once á las siete de la mañana, y á situar á la familia real en la tribuna del taquígrafo, para que asistiese á las decisiones que iban á tomarse y á las escenas

que iban á pasar en el cuerpo legislativo. Libre ya Petion y escoltado por un numeroso pueblo, vino á dar cuenta á la asamblea del estado de Paris, que habia recorrido, y donde habia procurado restablecer la calma y el espíritu de paz. Varios ciudadanos se habian constituido en guardias de su persona para velar en su seguridad, y Petion perfectamente recibido de la asamblea, se volvió á salir para continuar sus exortaciones pacíficas. Hallábanse en gran peligro los Suizos que se habian dejado la víspera en los Fuldenses, porque la multitud estaba empeñada en darles muerte, llamándoles cómplices del palacio y asesinos del pueblo. Se pudo conseguir apaciguarla diciéndole que iban á ser juzgados por una comision militar que se formaria inmediatamente para castigar á los que dieron en llamar despues *los conspiradores del 10 de agosto*. « Pido, decia el violento Chabot, que sean conducidos á la abadía para ser juzgados. En la tierra de la igualdad, « la ley debe dominar todas las cabezas aun las « que esten sentadas sobre el trono. » Ya se habia trasladado á los oficiales á la abadía, y no tardaron en serlo los soldados, pero costó el mayor trabajo, y fué necesario prometerle al pueblo que se les juzgaria prontamente.

Fácil es de ver como la idea de vengarse de todos los defensores del trono, y castigar en ellos los

peligros que habian corrido, se iba apoderando de todos los ánimos é iba bien pronto á ocasionar crueldades y divisiones. El que siga atentamente los progresos de la insurreccion, habrá podido notar los gérmenes de disensiones que principiaban á suscitarse en el partido popular. Ya hemos visto á la asamblea, compuesta de hombres instruidos y serenos, encontrarse en oposicion con los clubs y los ayuntamientos, donde se reunian hombres de inferior educacion y talento, pero que por su situacion misma, por sus costumbres menos arregladas y por su ambicion ascendente, se inclinaban á precipitar los sucesos. Hemos visto tambien que la víspera del 10 de agosto difirió Chabot del dictámen de Petion, quien de acuerdo con la mayoría de la asamblea, queria que se prefiriese un decreto de deposicion á un ataque de viva fuerza. Estaban pues aquellos mismos hombres que habian aconsejado la mayor energía posible orgullosos desde el dia siguiente en presencia de la asamblea, de una victoria ganada casi á pesar suyo, y recordándola con espresiones de muy dudoso respeto, que habia absuelto á Lafayette, y que no convenia que siguiese comprometiendo con su debilidad la salud del pueblo. Ocupaban estos el ayuntamiento, donde estaban mezclados con vecinos ambiciosos, con agitadores subalternos y clubistas; ocupaban tambien la sala de los jaco-